

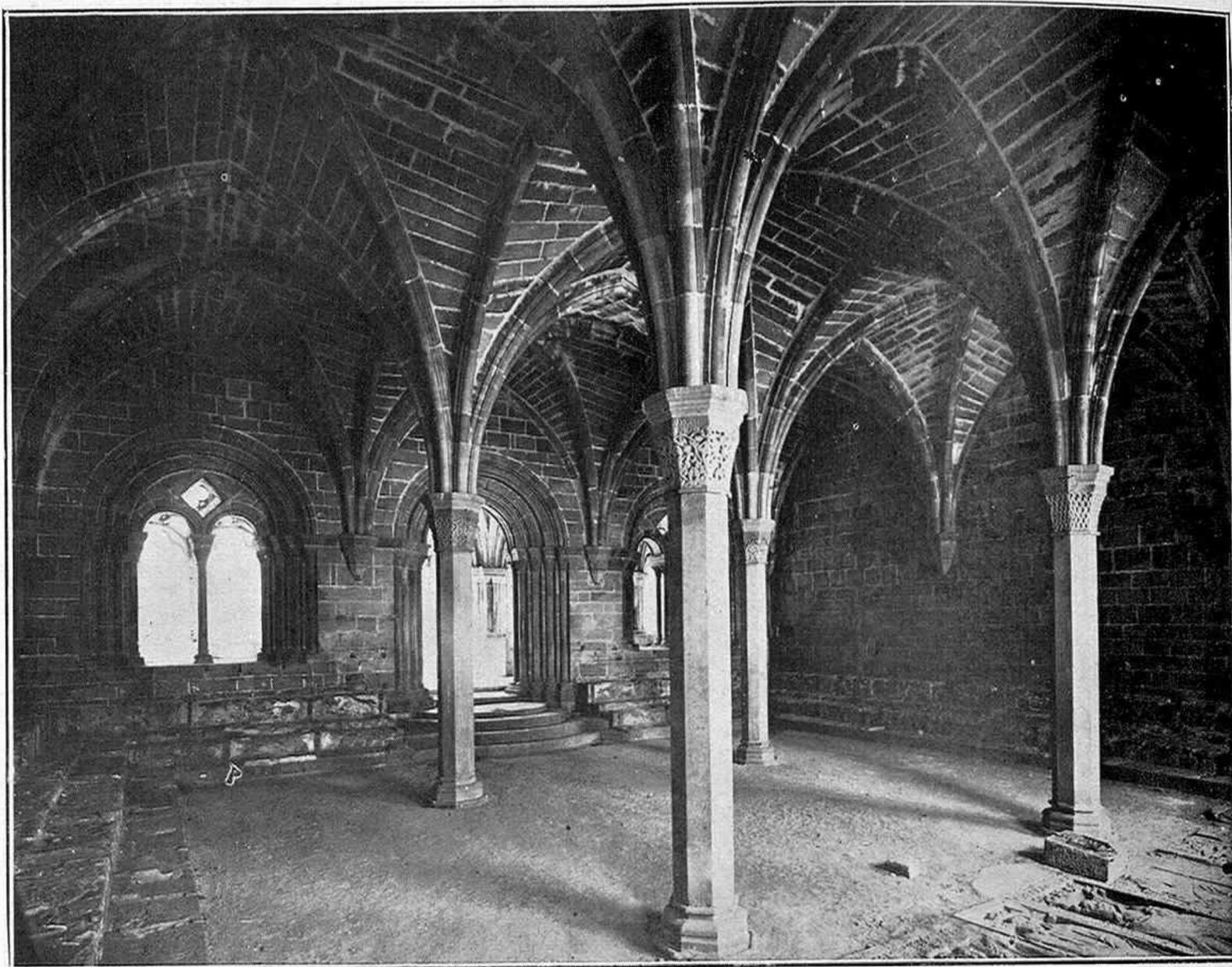
PLUMA y LAPIZ



NÚM. 35

LEYENDAS Y TRADICIONES

POBLET (TARRAGONA).

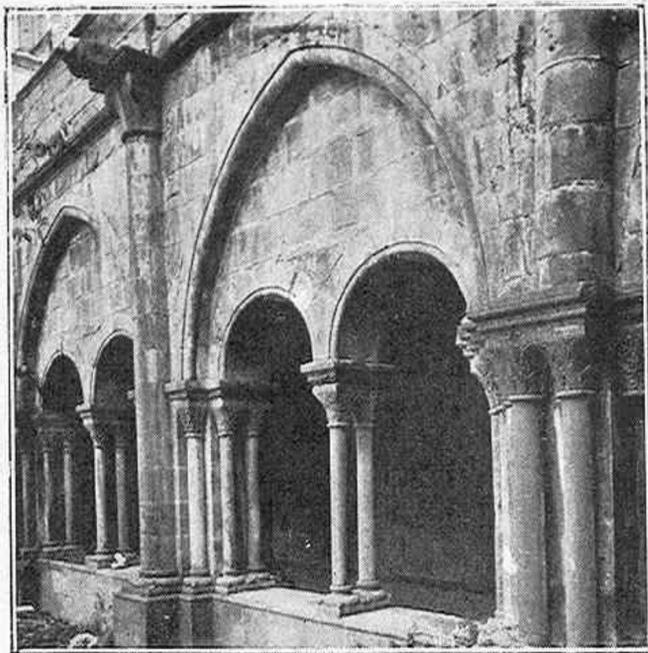


INTERIOR DE LA SALA CAPITULAR.

DUEÑO, el ermitaño Poblet, de la cueva y valle de Lardeta, con sus montañas y tierras vecinas, por consecuencia de la donación que le hizo el reyezuelo moro de Ciurana, Almira Almuminiz, cuando aquél, merced á la celestial protección, salió victorioso de las rudas pruebas á que le sujetó éste, creyó justo mostrarse agradecido á la Providencia que por tres veces le había sacado de la prisión á que el infiel le redujera. Al efecto ensanchó la cueva, erigió en ella un oratorio y un altar bajo la advocación de San Salvador, en memoria de su

salvación milagrosa; y habiéndosele reunido dos ó tres amigos desengañados de las vanidades mundanas, consagróse con ellos á la oración y á la penitencia.

— Oremos, hermanos míos, — decía todas las tardes Poblet á sus compañeros. — Pidamos á Dios que venga pronto el conde de Barcelona y que las altivas torres



PATIO DEL CLAUSTRO PRINCIPAL.



VISTA DESDE EL CIMBORIO.

de Ciurana vean ondear triunfante el estandarte de la Cruz... Pasaron años y, al fin, la noche de un sábadó, los piadosos varones vieron bajar del Cielo tres misteriosas luces que, posándose sobre la frondosa alameda desaparecieron á los pocos minutos y á la vez que salían del bosque tres formas blancas, tres mujeres, una de las cuales, manifestó que Eulalia había reunido un ejército de doncellas para conquistar por la persuasión y el ejemplo á los infieles, antes que el conde los conquistase con las armas y la guerra. Ella enviaba á las tres mujeres á Ciurana á convertir á los enemigos de la religión.

Partieron las heroínas, y sorprendidas en las calles de la mencionada población cuando exhortaban á convertirse á los infieles, fueron martirizados por orden de Almuminiz.

Entretanto, Berenguer IV, dueño ya de Tortosa y de Lérida, penetraba en el territorio del reyezuelo moro, y deteníase á la vista del castillo de Ciurana, á fin de combinar maduramente su plan de ataque.

—Señor, — dijo entonces el joven y valeroso caudillo Ramón de Cervera, — si me das en feudo la ciudad, comprométome yo á tomarla con los míos.

—Tuya será si la conquistas, — repuso el conde.

—Y yo voy contigo, — exclamó la intrépida Eulalia, que acompañaba á Berenguer.

— ¡Marchemos, pues, en nombre de Dios, uno y trinó!

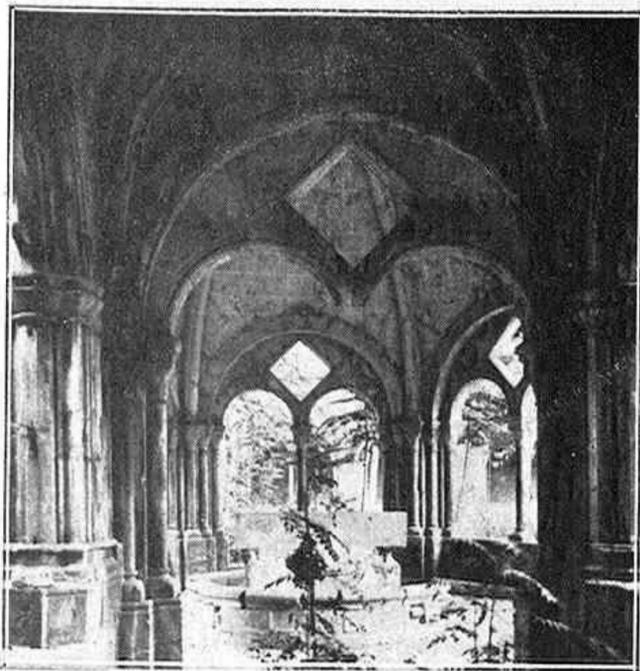
Y Ramón de Cervera, seguido de Eulalia y de los suyos, lanzóse al asalto con heroico denuedo.

Terrible y porfiado fué el combate, y ya el fracaso de los asaltantes parecía inevitable, cuando he aquí que, de pronto, reaparecen en el Cielo las tres misteriosas luces y que, al verlas, exclama Eulalia:

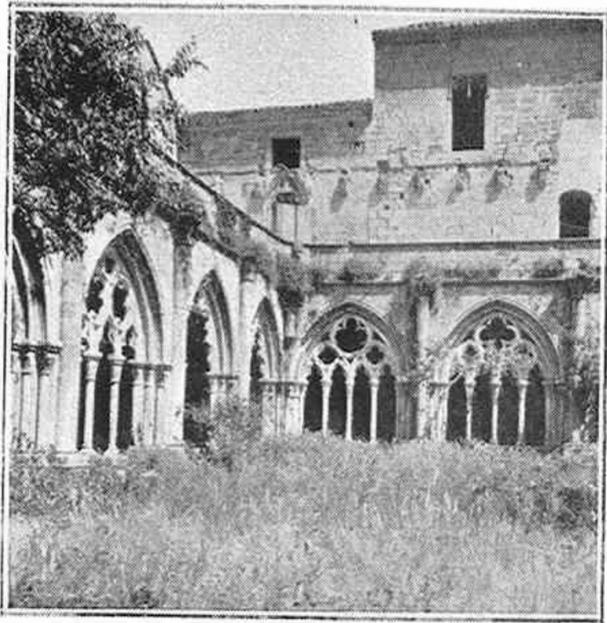
— ¡Animo, amigos! ¡Dios está con nosotros! ¡Esas luces son las almas de las tres mártires cuyos cuerpos cuelgan de la torre que tenéis en frente y que están pidiendo rescate y venganza! ¡El Cielo ha obrado este prodigio para manifestaros que será vuestra la victoria!

Enardecida la gente al tener por seguro el divino auxilio, acomete de nuevo y se reanuda la pelea.

Mientras tanto, el conde con



SURTIDOR DEL TEMPLETE DEL CLAUSTRO.



PATIO DEL CLAUSTRO PRINCIPAL.

el resto de sus tropas reconocía las inmediaciones, deteniéndose ante la cueva de Lardeta, cuyo aspecto le pareció sospechoso. Adelantóse á reconocer aquella y con gran sorpresa suya vió en el fondo un altar espléndidamente iluminado, sobre él la imagen de la Santísima Virgen y á sus pies, en fervorosa oración, á Poblet y sus compañeros. Prostróse Berenguer, imitóronle sus tropas, y en tal actitud se hallaban cuando los alegres gritos de las gentes de Cervera les anunciaron el triunfo: la mitad de la guarnición sarracena había perecido; la otra mitad, con Almuminiz, estaba prisionera.

Llegó entonces el momento de explicarse, y enterado el conde de la historia de Poblet, acordó conmemorar su

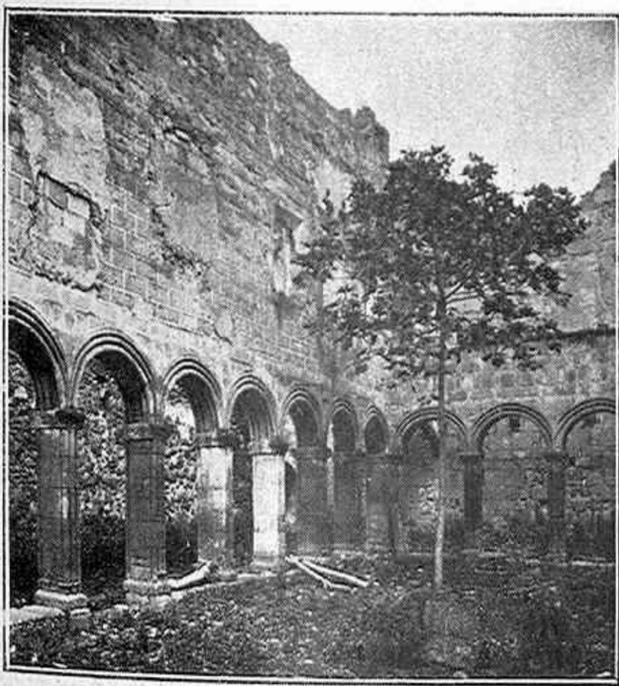
victoria edificando allí un monasterio que llevase el nombre del piadoso ermitaño, y cuyas obras hizo comenzar al día siguiente.

Con esto quedaba cumplida la predicción celestial y Eulalia había terminado también su misión. En consecuencia, pidió al conde permiso, que le fué otorgado, para retirarse con sus compañeras al monasterio de San Pedro de las Puellas, donde acabó su existencia.

Tres años después, la ermita estaba convertida en una iglesia de regulares dimensiones, bajo la advocación de la Virgen de la Humildad y luego se edificaron otras dos, tituladas de Santa Catalina y de San Esteban, pero el conde Berenguer quiso que fueran tres los templos, en memoria de las tres misteriosas luces.

Cuando la obra tocaba á su término, cuando se alzaba ya el soberbio edificio, joya del suelo catalán, el conde, deseando instalar allí la orden cisterciense, escribió á San Bernardo, quien le envió trece monjes, los cuales, en unión de Poblet y sus compañeros, constituyeron la comunidad.

Desde entonces, como dice un insigne escritor, siempre fué en aumento el monasterio, creciendo en suntuosidad, en esplendor y en magnificencia.



PATIO DEL CLAUSTRO DE SAN ESTEBAN.

EDUARDO BLASCO

Fotografías de José Serra.

ACTORES EMINENTES

CUANDO el eminente artista se convenció de que Elena le engañaba, estuvo á punto de enloquecer. Veía en la torpe conducta de su esposa, no sólo un insulto á su honor de hombre, sino un insulto á su gloria de actor.

Porque Fernándiz no era un hombre vulgar. Había conquistado la fama de que gozaba, á fuerza de talento y de estudio. Y haber recorrido los primeros escenarios de Europa, haber alcanzado universal popularidad como hombre de mundo, como conocedor prodigioso del corazón humano, para sufrir luego una caída bochornosa, para quedar ante la sociedad dorada de que se veía niño mimado, en el mayor de los ridículos, era demasiado duro, era insoportable.

La verdad es que su matrimonio había constituido una locura. La experiencia debía haberle indicado que no era cuerdo escoger en las mismas tablas escénicas, esposa.

El penoso aprendizaje que la carrera del teatro impone, las especialísimas condiciones en que la artista vive, son medio propicio al relajamiento moral. Es el escenario, al cabo, lugar de exhibición, y la modestia, base sobre que han de asentarse todas las virtudes de una mujer, no puede ser en él prenda segura de la que nació dotada por la naturaleza de todo género de encantos.

Fernándiz, había resistido mucho tiempo á la tentación; pero al fin se había decidido. No conocía de Elena, él que sabía, como nadie, todos los secretos de la gente del oficio, aventura alguna que pudiera ni sonrojarle.

Además, Elena era también artista privilegiada y mujer de gran cultura y de talento notorio. ¿Había tampoco un hombre como Fernándiz de escoger para compañera una mujer que no tuviese más mundo que el de las cuatro paredes de su casa?

Fernándiz, que se había conservado soltero y casi entraba ya en la categoría de solterón, se sintió débil por primera vez en la vida y, subyugado por el poder inmenso de aquella mujer, cerró los ojos y la dió su nombre.

Desde aquel día, Elena, la incomparable artista Elena, compartió con el gran Fernándiz la dirección de la empresa del Teatro Nacional.

El teatro reboaba todas las noches de gente. El público acudía ansioso á admirar á los dos colosos del arte. La empresa tuvo además la fortuna de estrenar un drama del más eminente de los autores. El éxito superó á todo encomio. *Venganza de madre* arrebató. Sobre todo en la escena final del segundo acto, en que *Ricardo* se apoderaba del tierno hijo de *Aurora* y, después de una lucha terrible en que la madre defendía al niño con súplicas, con lágrimas, con gritos, con rugidos de hiena herida, con manotadas, con arranques de furor, de rabia, de desesperación, lo

lanzaba por una ventana, la ovación era inmensa.

El efecto dramático, burdo en sí, estaba preparado con un arte exquisito, y Fernándiz y Elena desplegaban en ese pasaje todas las galas de su superior talento. Cuando el niño caía, se sentía el golpe de su cuerpecito contra las supuestas piedras del patio, y *Ricardo* y *Aurora*, el uno como abismado en un arrepentimiento súbito, y la otra como presa de la estupidez del terror, quedaban un momento al pie de la ventana, silenciosos, mudos, clavados, con tan exacta expresión de sus distintas emociones, pintada en el rostro, que el público, crispados los nervios, después de participar un instante de aquel mutismo horrible que tan á la perfección se representaba en la escena, reaccionado de pronto por su admiración á

los artistas, se ponía en pie y, mientras el telón descendía lentamente, rompía en interminable salva de aplausos y lloraba y gritaba al mismo tiempo de emoción y de entusiasmo.

¿Qué más podía pedir Fernándiz... enamorado, feliz, en el apogeo de su gloria; con una mujer hermosa que le ayudaba á recoger laureles y, para colmo de dicha, con una pequeña, blanca y rosada como una manzanita, á quien transmitir en caricias todas las satisfacciones de aquella existencia llena de venturas y llena de encantos?

Pero un día, Fernándiz se cercioró de que Elena no le había sido nunca fiel; de que su matrimonio había tenido el secreto fin de conservar sin peligro relaciones infames con el esposo de una aristocrática dama de la Corte.

¿Cómo lo supo todo Fernándiz? ¿Para qué relatarlo? Una casualidad, de esas que la frase consagrada convierte en providenciales, le había puesto en la pista y le había revelado de una vez toda la inmensidad de su desventura.

Bien cierto de todo, Fernándiz se impuso por de pronto el mayor silencio, la reserva más estudiada. Estaba seguro de que nadie sospechaba su deshonor, seguro de que ni los mismos culpables se podían considerar descubiertos.

* * *

Una noche en que se representaba por centésima vez *Venganza de madre*, al llegar á la escena final del acto segundo, Elena, que hacía de *Aurora*, vió con asombro que *Ricardo* llevaba en los brazos, no el muñeco de cartón que todas las noches representaba la víctima de aquella escena terrible, sino á su propia hija, al encanto del hogar de los dos grandes actores. Elena, buena madre, no se separaba nunca de la niña, que quedaba todas las noches, mientras ella salía á



escena, en su cuarto, dormida en el regazo de nodriza robusta.

Fernándiz había pensado fríamente en la venganza y había escogido la de convertir en realidad la horripilante pesadilla que el autor del drama había trasladado al teatro. Estrellaría la niña contra un bastidor al arrojarla con furia por la ventana practicable del telón de foro.

Elena creyó que su marido se había vuelto loco. Más descompuesto, más trágico que nunca, bamboleaba furio-

so á la pobre niñita que aterrorizada no osaba ni llorar.

Una mirada, una palabra á media voz, bastaron á Elena para comprender todo el alcance del acto de Fernándiz.

Tenía la situación tan estudiada que, si hubiera estado en condiciones de juzgarse á sí misma, hubiera podido comprobar cuán hondamente había sabido

identificarse con su papel, pues, antea espantosa realidad del momento, abandonada á su dolor y su desesperación, sus actos no adquirirían mayor relieve, ni su voz más severos tonos que cuando representaba la misma escena en las circunstancias normales de todas las noches.

Elena, en el paroxismo del furor, olvidaba las frases del libro y las substituía con gritos del al-



ma, con súplicas y apóstrofes que no rebasaban la inspiración del poeta y estaban como ella tan dentro

de la realidad del pasaje que la verdad y la ficción

segúan siendo una misma cosa. Lloró, gritó, se paseó con horrible ademán por la escena, luchó con el marido cuerpo á cuerpo, le insultó, le pegó, la arañó y, cuando Fernándiz, después de defender su presa, la arrojó, al fin, por la ventana y se oyó, como todas las noches, el ruido del cuerpo caído, Elena se asomó como si hubiese olvidado que aquella ventana era una ficción y quisiese tirarse de cabeza por ella, y después quedó un momento muda, aterrada, mirando á Fernándiz con expresión tan amenazadora, tan trágica, que Fernándiz, midiendo entonces por primera vez, acaso, toda la crueldad de su venganza, esquivó aquella mirada, como un reo podría hacerlo ante su propia víctima que se le apareciese.

El telón descendió más deprisa que otras noches, y el público, en pie sobre los asientos, tributó á los artistas la mayor ovación de la temporada. Pero el telón no se levantó como otras veces para que el gran Fernándiz y la incomparable Elena saludaran, cogidos de la mano, al electrizado público.

FRANCISCO PÍ Y ARSUAGA

Ilustraciones de P. BÉJAR.

PAISAJE

Las sombras se aproximan,
del desmayado sol la roja lumbre
aún ilumina la azulada cumbre;
tendidos por el ancho firmamento,
como velo de encajes,
resplandecen los diáfanos celajes;
el aura murmurante se desliza
sobre la mar serena
que al suave roce sus cristales riza;

como un ala de cisne en lontananza
un bajel pescador al puerto avanza;
en la dorada arena
bullen los globos de nevada espuma;
y en medio de la bruma
que soñolienta en el espacio flota,
rectas las alas de morena pluma,
se desliza apacible una gaviota.

JUAN E. ARCIA

FILOMENA GARCÍA

PEPE TALAVERA

LOLA FORA

TEATRO DEL TÍVOLI
 ARTISTAS
 QUE HAN ACTUADO
 EN LA PASADA
 PRIMAVERA

GUADALUPE MOLINA

PILAR MARTÍ

CAMP

PEPE ÁNGELES

JOSÉ FERRANDO

JOSÉ CAPSIR



CONSUELO SALVADOR

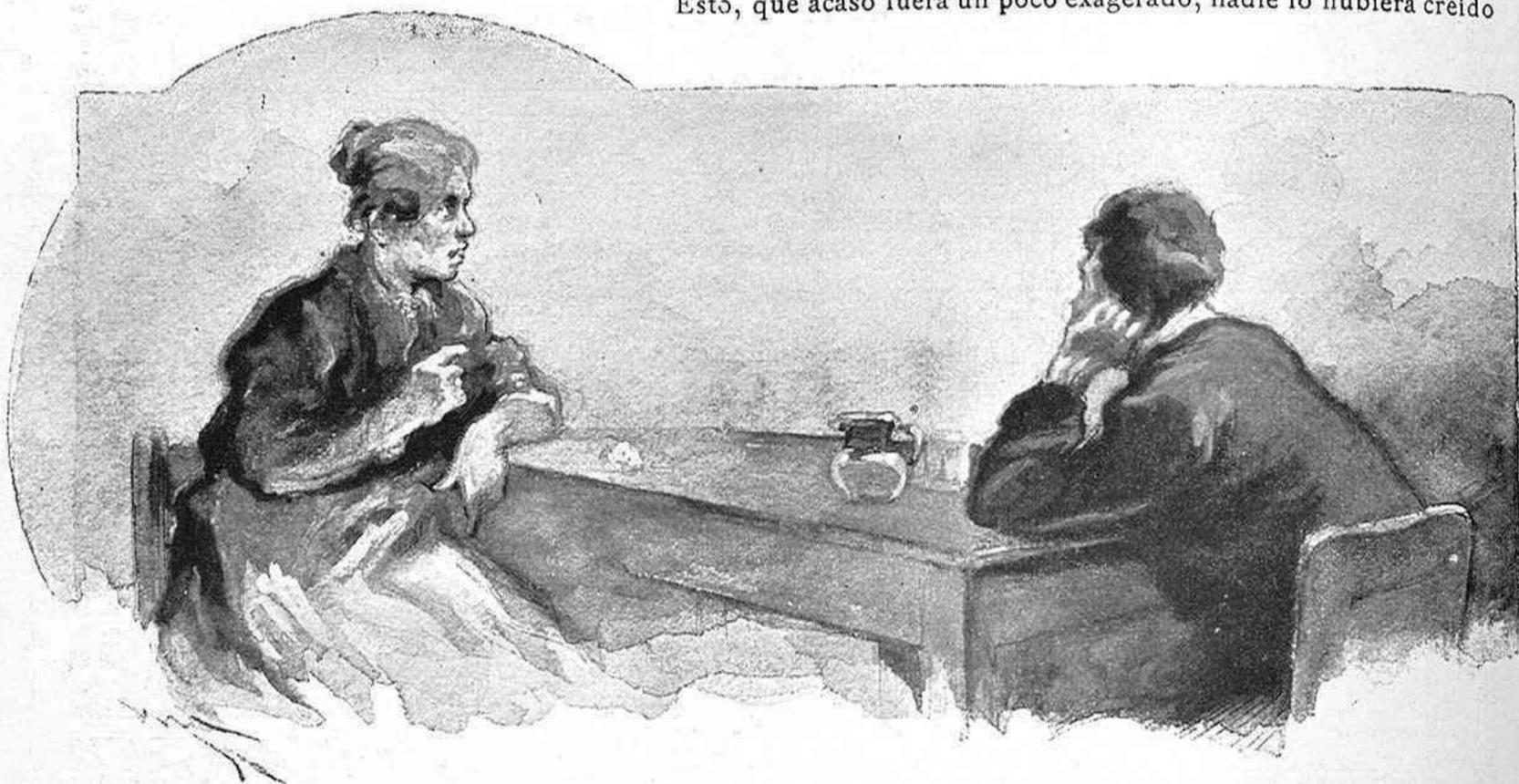
MATILDE R. DE GALVÁN

JOAQUINA MARTA

LO QUE PASÓ AL TÍO CIRUELO

Y no es que lo dijera él por el prurito siempre humano y por ende disculpable de darse importancia recordando grandezas pasadas. Decíanlo á una, sirviéndole de cronicones vivientes, viejas quintañosas y viejos desdentados. Es más; hasta el señor cura sacando á relucir frases de rimbombante relumbrón, haciendo el panegírico del antiguo esplendor del tío Ciruelo, solía exclamar:

—En sus estados hubo un tiempo en que no se puso el sol.
Esto, que acaso fuera un poco exagerado, nadie lo hubiera creído



de no provenir de labios tan poco pecaminosos al contemplar la poco agradable y próspera situación en que el tío Ciruelo, por desgracia suya, se encontraba. Para colmo de desdichas, un reciente pleito sostenido por el tío de nuestro cuento contra un poderoso señor, sobre la posesión de unas tierras lejanas, fructíferas en extremo y desde largo tiempo codiciadas por el magnate, había reducido las propiedades del tío Ciruelo á lo que la vista abarcaba, colocado el espectador en el campanario de la iglesia del pueblo. Pero como todo en el mundo es relativo, también lo era la fortuna actual del tío Ciruelo, quien, si un día pudo justamente sentar plaza de poderoso, hoy no era tan pobre que no siguiese concitando las envidias de cuantos, naturalmente, poseían menos riquezas que aquél y aún de no pocos que, envidiosos siempre del relativo bienestar ajeno, hubieran deseado ver al tío Ciruelo más pobre que estudiante salamanquino y más miserable que las ratas.

Es el caso que el tal sujeto, aplanado por los disgustos, envejecido por los desengaños, atrofiado por los sinsabores y enervado por las contrariedades, resolvió hacer en obsequio de su patrimonio un esfuerzo supremo con objeto de, ya que no aumentarle, ponerle en condiciones de una vida próspera y risueña, que compensase en parte las desmembraciones á que habían dado lugar las malas artes de unos, la ambición de otros, las ingratitudes de algunos y la soberbia de muchos apoyados, ya que no disculpados todos en la carencia absoluta de administración de que siempre había hecho alarde el tío Ciruelo; más por desidia y negligencia que por maldad ó dañina intención. El pobre hombre viéndose, después de una vida opulenta, reducido á un bienestar poco holgado, comprendió que era llegado el momento de obrar con cordura y sensatez, guardando en el fondo del baúl sus quijotescas aspiraciones de gran señor y obrando con la serenidad poco romántica de los tiempos que corremos. Bueno será advertir que en este cambio de su conducta pudo influir no poco el tremendo desengaño que sufrió perdiendo el pleito á que antes hemos aludido, que dejó bamboleando su porvenir, aun cuando, en ley de Dios, hay que confesar que, por esta vez al menos, la razón toda se hallaba de lado de nuestro héroe.

Decidido á poner en práctica sus propósitos, no tanto de enmienda como de conservación, hizo cierta noche algo así como un examen de conciencia detenido é imparcial que le dió por resultado el convencerse ¡infeliz! de que, por mucho que hiciera, todos sus buenos propósitos habrían de estrellarse ante su ineptitud. Y como el que de tal cosa se convence, tiene mucho adelantado, aun cuando resulte paradójico para sacar provecho de esa ineptitud, nuestro tío Ciruelo creyó lo más oportuno solicitar de sus colonos el que acudiesen en su auxilio con las luces que cada cual hubiera recibido del Supremo Hacedor.

Algo ó mucho le disgustó el ver el afán con que sus mayores se disputaban el honor de ser los elegidos para echarse sobre las espaldas la ingrata tarea, no exenta de responsabilidades, de reorganizar, corregir y florecer el patrimonio que, por el mero hecho de ser ajeno, había de inspirarles menos cuidados que el propio. Pero el tío Ciruelo consideró tales afanes como propios y naturales del buen corazón de sus servidores, y pasando por alto tal detalle, una mañana procedió á la elección de sus delegados en una forma más ó menos parecida á la siguiente:

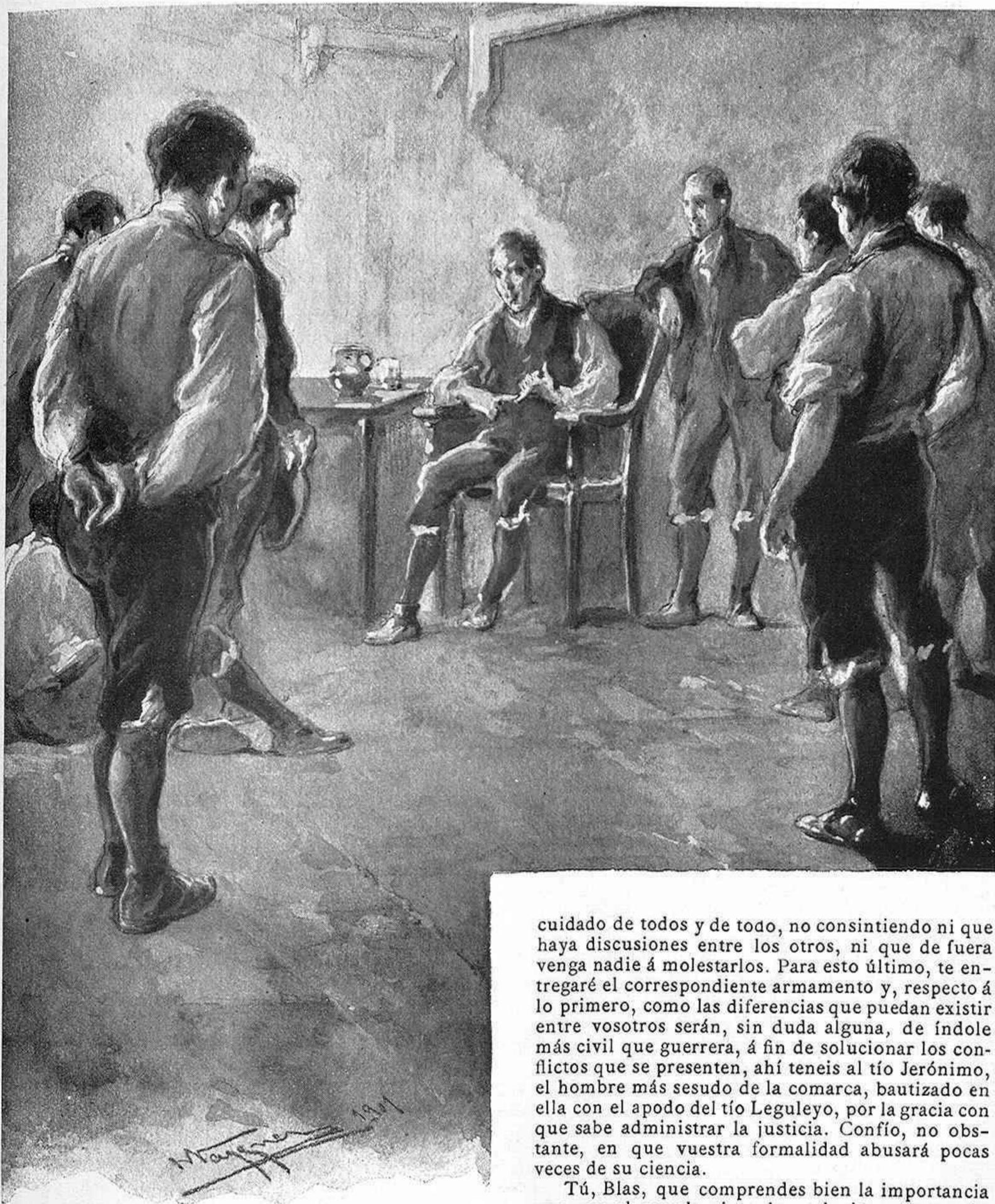
—Ya véis, hijos míos, que la casa se desmorona y que yo por mí solo no puedo contener su derrumbamiento. Necesito, por tanto, vuestro auxilio. Además, no ignoráis que saben más un burro y un abogado, dicho sea con perdón, que un abogado solo, y que siempre ven mejor cuatro ojos que no dos. Pues bien, desde ahora quiero que los ocho de mejor cabeza que hay entre vosotros, sean los encargados de velar por mi hacienda y procurar su engrandecimiento, en lo posible. Tú, Juan, que fuiste, siendo mozo, guardia de orden público, serás el encargado de la gobernación y orden completo de todas esas cabras, borregos y ovejas que

constituyen, como sabes, por su gran cantidad y calidad excelente, el núcleo de mi ya reducido patrimonio.

Tú, Pedro, quedas encargado de que no desmerezca el buen estado en que hoy se encuentran las lanas y los pastos. Ya sabes ó debes saber que todo lo que se relaciona con el exterior de las cosas, es de gran importancia para su mérito.

Tú, Antonio, que siempre nos estás recordando que fuiste soldado de marina, dejo á tu cargo el ministerio de que al ganado no le falte nunca agua para sus necesidades.

A ti, Julián, que has estado en la guerra y tienes la obligación de ser valiente, te encomiendo que tengas



cuidado de todos y de todo, no consintiendo ni que haya discusiones entre los otros, ni que de fuera venga nadie á molestarlos. Para esto último, te entregaré el correspondiente armamento y, respecto á lo primero, como las diferencias que puedan existir entre vosotros serán, sin duda alguna, de índole más civil que guerrera, á fin de solucionar los conflictos que se presenten, ahí teneis al tío Jerónimo, el hombre más sesudo de la comarca, bautizado en ella con el apodo del tío Leguleyo, por la gracia con que sabe administrar la justicia. Confío, no obstante, en que vuestra formalidad abusará pocas veces de su ciencia.

Tú, Blas, que comprendes bien la importancia que para el ganado tiene la agricultura y que sin ésta aquél no puede existir, te encargarás de que

nuestros campos estén siempre florecientes, bien cuidados y con las siembras necesarias. Como, sin duda, el trabajo no ha de mataros y, bien distribuido el tiempo, éste os ha de sobrar; os encargo que en vez de emplearle en entretenimientos de rufianes que á nada bueno conducen y á mucho malo pueden inducir, le aprovechéis utilizando lo mucho que sabe de leer y escribir y hasta de bibujar monigotes y componer coplas, el tío Bautista, que también se quedará con vosotros para haceros, con su sabiduría, llevar con más paciencia la nueva vida que desde ahora os imponéis. Ya él mismo os dirá muchas veces, que no sólo de pan vive el hombre.

Por último, — agregó el tío Ciruelo, — como esta determinación por algo y para algo la adopto, estos algos, con ser muchos y distintos, pueden reducirse á uno solo verdadero, como es el de procurar por mi tranquilidad futura. Todos los esfuerzos que hiciéreis vosotros para lograrlo, resultarían perfectamente estériles, si no os diese por compañero al tío Roque, que sabe mucho de cuentas es honrado á carta cabal y me consta que, á fuerza de laboriosidad, ha sabido convertir en cuatrocientos los cuatro cuartos que heredó de su abuela. La administración de mis bienes, es más peliaguda de lo que parece... y lo sé por propia experiencia. Tendréis en el tío Roque un verdadero ministro de hacienda. Y ya no os canso más; si cumplís como buenos, Dios os lo premie, y si no, os lo demande.

El bueno del tío Ciruelo se quedó tan campechano y sus delegados tan contentos, calculando, con su malicia de lugareños, que acababan de realizar un gran negocio sin exponer un céntimo siquiera.

¿Qué sucedió después? Lo que debía suceder y podía esperarse.

Al principio, cada cual, lisonjeado por el cargo que le habían concedido, se dedicó á ir detrás y al cuidado de aquel enjambre de numerosos corderos. Pero esta compostura duró poco, y una vez que los gañanes se consideraron dueños del cotarro, comenzaron á dar rienda suelta á sus vicios dormidos, inaugurando una era de juego, borracheras, francachelas y bailes. Ninguno cumplía con sus deberes; nadie se acordaba del tío Ciruelo, y la desmoralización más completa llegó á imperar. ¿Que se concluía el dinero? Pues vendiendo hoy una res, mañana dos y al otro cuatro, los rabadanes iban fomentando y creciendo sus vicios á costa de la sangre de aquel pacientísimo rebaño. Con los vicios llegaron los apuros; con los apuros el desorden; con el desorden el desconcierto general. Lo que á unos parecía bien, á otros mal; lo que á éstos mal, á aquéllos pésimo. Al dejar de cumplir su misión, quería realizar la del compañero; todos se volvían gritos, imprecaciones y amenazas que, al fin y á la postre, se traducían en repetidos golpes sobre los lomos, ya escualidos y miserables, del inocente rebaño. Este, desperdigado, sin ley y sin freno, saltaba por los llanos, triscaba por las montañas, huía por los apriscos, sin rumbo fijo, ni guía, ni norte.

Al ser conducido, por los que debieron ser sus gobernantes, por caminos sin salida, por montañas sin senderos, por precipicios sin fondo, lanzaba al aire sus balidos inútiles, sus quejas sin eco, sus lamentos sin lenitivo, á todo lo cual, los labriegos respondían con un *jarre!* imperativo y una tanda de palos.

Comentando el señor cura, que era hombre aficionado á sacar consecuencias chistosas, en lo ocurrido al tío Ciruelo, tuvo tela cortada durante mucho tiempo, para probar á sus feligreses que, lo mismo que hay casas que parecen un pueblo, hay hombres que parecen una nación.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO

PASATIEMPOS

JEROGLÍFICO



TERCIOSÍLABO

o o o
o o o
o o o

Substituir los ceros por sílabas de modo que horizontal y verticalmente se lea: 1.º Una parte del mundo. 2.º Rey godo. 3.º Templo donde se venera á Brahama.

ANGEL LUIS Y SIETEIGLESIAS.

COMBINACIÓN TAURINA

```

o o o X o o
o o o o o o X o o o
o o o o o o X o o o o o o o o
o o o o X o o o o
o o X o o o o
o o X o o o o
o o X o o o o
o o o o X o o
o X o o o o o
o o X o
o o o X o o o o
    
```

Substituir los ceros y equis por letras, de modo que horizontalmente se lean los alias de celebrados matadores y verticalmente el de un notable ganadero.

JESÚS LONGUEIRA.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

¡AY! MORIR ¡AY!

MANUEL BAYÓN.

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Charada.—Nilótico.

Logogrifo numérico.—Aniceto.

Logogrifo complicado.—

E u g E n i O
E r n E s t O
E u s E b i O
E u f E m i O

Jeroglífico comprimido.—Es lo mismo.

CHOCHECES; por T. GASCÓN.



—¿En qué puedo servir á ustedes?
 —¿No proporciona usted nodrizas?
 —Sí, señora.
 —Necesitamos una...



—La hay para criar en su casa.
 —No es eso lo que buscamos.
 —Hay otra para casa de los padres.
 —Tampoco es eso.

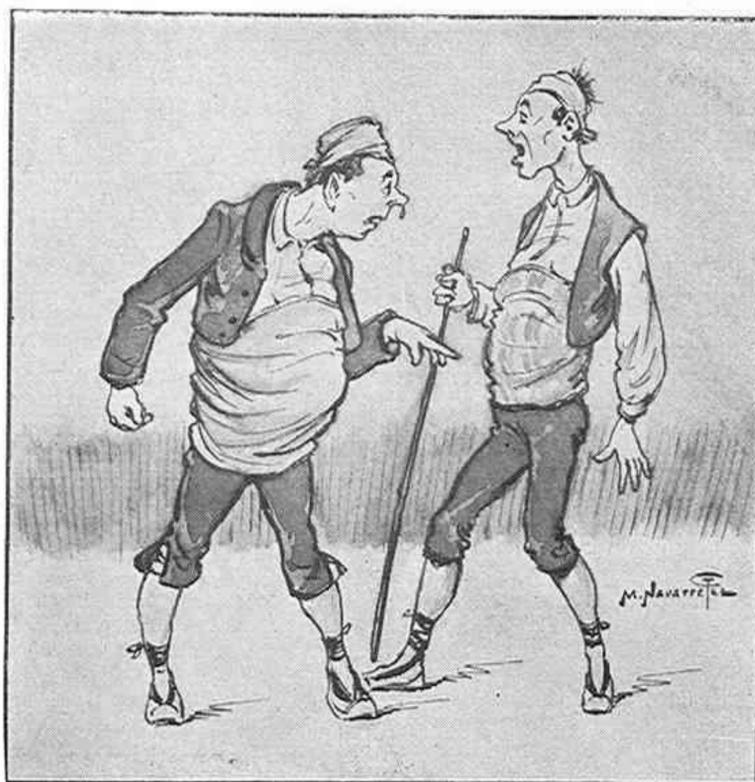


—Pues... señora, usted dirá.
 —La que deseamos es para casa de los tíos, porque .. somos tíos de la criatura.

NOTAS CÓMICAS, por M. NAVARRETE.



—¿Sabes tú lo que dice don Rufino?
 que «el mocarse con la manga es muy cochino».



—¿Sabes tú lo que puede contestarse?
 que «es aún más cochino el no mocarse».



—Esta manga le ha salido un poco estrecha.



—A ver forzándola un poco...



!!!

